

“La culebrina”

Lema: Trinidad

La voz del general brotó con un silbido quejumbroso. El respirador había dañado sus cuerdas vocales y cada vez que intentaba hablar, notaba como un taco de billar envuelto en lija se adentraba en su garganta.

Apenas consiguió articular un débil murmullo.

Mientras entornaba los ojos con dificultad para enfocar mejor a los dos hombres que se inclinaban sobre la cama, percibió un suave sopor que le envolvía lentamente, antes de dormirse de nuevo.

—Trate Vucencia de recordar, mi general. El alférez Vuelta ha encontrado la clave y hemos descifrado a Proust.

— ¿Qué hacen aquí?, ¿quién les ha dejado entrar? —exclamó una mujer, mientras se interponía entre la cama y el hombre—. ¡Apártense de mi abuelo ahora mismo!

—Disculpe señora, no pretendemos hacerle ningún daño al general —replicó el hombre, apartándose ligeramente—. Permítame explicárselo todo y lo entenderá.

— ¿Qué es lo que tengo que entender?

—La razón por la que su abuelo se casó con su abuela y no se ha movido de Segovia desde entonces —dijo el hombre despacio, casi arrastrando las palabras.

Unos quince minutos más tarde, mientras sostenía una taza humeante entre las manos, la nieta del general observaba fijamente a los dos hombres sentados frente a ella. Cuando el hombre inició su relato, la taza de café descendió lentamente hasta apoyarse en su regazo.

La mujer no volvió a reparar en ella hasta que el silencio se adueñó de nuevo de la habitación, una hora más tarde.

EL ALFEREZ

El caballero alférez cadete Marcos Vuelta estaba cursando el quinto curso de la enseñanza militar de grado superior, en la academia de artillería de Segovia. Unos meses más y se graduaría con el empleo de teniente. Su sueño desde niño echo realidad. No había resultado fácil, sobre todo el último año. La pandemia se había cebado especialmente entre los muros del convento de San Francisco, sede de la academia, alcanzando casi a la mitad de los cadetes y los caballeros alumnos de las promociones de ese curso escolar. El alférez Vuelta salió de los peor parados, y permaneció ingresado en la UCI durante 20 largos días. Cuando le trasladaron a la planta del hospital, apenas conservaba vagos recuerdos de las últimas tres semanas, y la presencia de un nuevo compañero de habitación le animó a entablar conversación. Quería olvidar la angustia pasada y volver a engancharse a la normalidad lo antes posible. El caso es que su recién estrenado vecino le resultaba vagamente familiar. Había visto antes esa mirada firme, decidida, casi un poco autoritaria, el porte distinguido, el mentón altivo. Intrigado, le preguntó directamente:

—Disculpe, creo que le conozco.

—Pues no sé, usted no me suena de nada —respondió el otro, alzando las cejas.

Al momento, los recuerdos se agolparon en la cabeza del alférez: «Pues claro, ¡soy un estúpido!, es el general Aurelio Tejón», pensó mientras rememoraba la escena.

Sucedió un sábado, un par de meses atrás. A ningún cadete le había hecho gracia tener que formar delante de unos cuantos carcamales, que bien podían haber tenido el detalle de estirar la pata antes de hacerles perder un buen fin de semana. Celebraban las bodas de oro de la promoción que había pasado por la academia cuarenta años antes, y durante el

acto militar los alumnos desfilaban ante los veteranos oficiales. El alférez, dada su elevada estatura, formaba parte de la escuadra de gastadores que precede a toda fuerza militar en un desfile. Recordaba perfectamente la voz de aquel general, y el momento en el que se detuvo al pasar por su lado en la entrada al patio de armas.

—Muchas gracias por compartir este día con nosotros, mi alférez —dijo, mirándole fijamente a los ojos. —Os deseo toda la suerte del mundo—. Y haciendo un gesto que parecía abarcar a toda la formación, se alejó dirigiéndose al otro extremo del patio.

La disciplina, adquirida a lo largo de 5 años de instrucción y adiestramiento accionó un resorte en el interior del alférez, obligándole a cuadrarse inmediatamente delante de la cama del anciano:

—A la orden de Vuecencia, mi general, se presenta el caballero alférez cadete Marcos Vuelta, destinado en la unidad de alumnos de la academia de artillería.

El general, por toda respuesta, comenzó a toser de manera estridente, agarrándose la cabeza con ambas manos.

—Dios que dolor —dijo, revolviéndose en la cama.

El alférez bajó la mirada del techo, al que había estado mirando fijamente desde la postura de firmes más rígida que había adoptado nunca.

—Mi general, ¿puedo ayudarle?, ¿llamo a una enfermera? —preguntó solícito.

Al escuchar su voz, el viejo oficial se incorporó fatigosamente y le miró con los ojos encendidos como dos ascuas.

— ¿Por qué no lo encuentras, Gamboa? —gritó sujetando al joven por el cuello del pijama, mientras sostenía ante los ojos del asombrado joven un pedazo de papel amarillento—. Te traje a Segovia para que lo descifraras y no has conseguido nada. Eres un completo inútil. O encuentras la clave o te mando otra vez a Melilla.

Una enfermera le administró un calmante y el general se tranquilizó durante un par de horas. Al despertar, paseó la mirada por la habitación y al descubrir al alférez, comenzó una diatriba inconexa de frases sin sentido. La enfermera le inyectó otra dosis de calmantes, y el discurso del general se volvió más relajado y fluido. Le habló de un manuscrito, de un tesoro, de riquezas incalculables y de una clave para descifrar el lugar donde estaba oculto, antes de sumirse en un profundo sueño. El tal Gamboa era un compañero de promoción del general, experto en criptografía, con quien había compartido destino en Melilla. Años más tarde, ya con el empleo de comandante, había conseguido que destinaran a su amigo a Segovia, gracias a sus contactos en la Dirección de Personal.

Al alférez Vuelta le parecía absurda toda aquella historia. El general, en su delirio, le estaba confundiendo con aquel oficial, y la fantasía del tesoro y el misterio que lo envolvía le resultaban inverosímiles, pero cautivadores al mismo tiempo. La curiosidad y el atractivo por el misterioso enigma del manuscrito, se impusieron finalmente sobre la reticencia racional de su pragmático cerebro a la aceptación de una historia tan extravagante. Teniendo en cuenta que tenía que permanecer encerrado entre aquellas cuatro paredes por un tiempo indefinido, no parecía mala idea emplear un poco de tiempo en investigar qué había de fantasía y qué de realidad en el relato del anciano. Tomó la ajada cuartilla que el general sostenía aún entre sus dedos y la leyó con detenimiento.

EL MANUSCRITO

El medio folio escrito por las dos caras era una carta sin destinatario ni remitente, fechada en 1845. Era legible, pero denotaba el desgaste producido por el tiempo. Faltaba una de las esquinas, dejando a la imaginación un invisible triángulo de unos 3 centímetros de lado. El redactor informaba del resultado de una investigación sobre un manuscrito codificado, en el que se detallaban las instrucciones para encontrar un tesoro. Una vez descifrados los

numerosos criptogramas que contenía, había conseguido extraer el siguiente enigma del texto:

El Hierro luchará con el agua y el fruto de su Victoria será de 53qq. 17 lls.

*Y vomitará el fuego de la sierpe de Damián y dará a tu casa la excelsa
riqueza del Marqués*

La frase terminaba en el borde inferior de la página, en la que faltaba una de las esquinas. Esto abría dos posibilidades. La frase completa constaba de una o dos palabras más, o bien finalizaba con "...riqueza del Marqués". En el reverso se explicaba prolijamente la resolución de parte del secreto escondido en el enigma. Las respuestas, aun no halladas en su totalidad, se encontraban en el famoso discurso que pronunció Louis Proust en 1792, con ocasión de la apertura del laboratorio de química del Real Cuerpo de Artillería. En la página 16 de la edición del discurso publicada ese mismo año por el Real Laboratorio de Química de Segovia, se encontraba la alusión a la lucha del hierro con el agua y la victoria:

"La alteración del Hierro produce pues la del agua; y si los efectos de esta mutación se ocultan a nuestra vista, no por eso dexan de ser ni menos efectivos ni menos considerables que los del Hierro. Este, lexos de perder en el combate, gana, y queda cargado de los frutos de su Victoria: Su aumento de peso lo confirma y demuestra".

En la carta se establecían a continuación una serie de relaciones entre las valencias de los restantes elementos químicos presentes en la misma página 16 del discurso de Proust, pero parecían un intento forzado de combinatoria inducida conscientemente para alcanzar las dos cifras referidas al fruto de la Victoria: 53qq. 17 lls. Al final del texto, el redactor admitía su incapacidad para descifrar la segunda de las frases, y aunque no había

encontrado referencia alguna al fuego de la sierpe de Damián, creía firmemente que en el resto del discurso de Proust se encontraban todas las pistas que conducirían al lugar donde se hallaba la excelsa riqueza prometida.

EL PROFESOR

El comandante Javier Lázaro Prieto observaba fijamente al alférez Vuelta, mientras el joven oficial relataba a la nieta del general los detalles del casual descubrimiento que les había permitido descifrar la parte final del manuscrito.

El comandante era profesor de topografía y tiro de artillería desde hacía 3 años, y desde el principio de curso le había sorprendido la capacidad que mostraba el alférez Vuelta para el análisis de datos y la deducción de soluciones lógicas a problemas complejos. Después de la convalecencia en el hospital, había regresado a la rutina académica mostrándose más taciturno y reservado de lo habitual. A menudo se distraía durante las clases, y los trabajos encargados para subir nota habían perdido el rigor y la precisión que acostumbraban al principio del curso escolar. El comandante Lázaro decidió investigar la razón del cambio de actitud en un alumno tan brillante, y emplazó al alférez a una tutoría. El alumno esquivó como pudo las insistentes preguntas del comandante, que no cejaba en su empeño por esclarecer las causas del declive en su rendimiento académico. Cuando parecía que el profesor iba a darse por vencido, el alférez Vuelta miró fijamente a los ojos del hombre que le estaba interrogando de manera tan decidida, y algo en su interior le dijo que podía confiar en él. Comprendió que la razón de aquella lluvia de preguntas y la actitud casi inquisitorial del comandante, se debían a un sincero interés por su estado anímico y una verdadera preocupación por su carrera militar.

Terminó por confesarle lo que le había estado nublando la mente y quebrantado el ánimo durante el último mes y medio: el manuscrito, el discurso de Proust y... la promesa de riquezas.

Al principio el comandante pensó que el alférez había perdido el juicio, y todo lo que estaba escuchando era una sarta de invenciones, fruto de una bien armada fantasía juvenil. Sin embargo, en su relato había ciertos datos que parecían arrojar algo de veracidad y coherencia al conjunto. Conocía bien al general Aurelio Tejón, un militar vinculado a la ciudad de Segovia y a la academia de artillería desde el empleo de capitán. Había sido profesor de varias asignaturas, jefe de estudios y finalmente director del centro de enseñanza. Pocas personas conocían tan bien como él la profunda conexión de la ciudad con su academia militar. Y luego estaba la revelación de las pistas ocultas en la primera frase de esa carta del siglo XIX, redactada por un investigador anónimo, sin olvidar las alusiones al discurso de Proust.

Había algo. No sabía qué era, ni porqué de repente sentía la necesidad de indagar en el tema con más profundidad, pero necesitaba saber más. Del mismo modo que le había sucedido al alférez algo más de un mes antes, el comandante Lázaro quedó atrapado por la neblina misteriosa que envolvía al manuscrito.

Un par de semanas más tarde, el comandante profesor entraba como una tromba en la camareta del alférez.

—Ya lo tengo. Ya sé lo que significan los 53qq y 17 lls del fruto de la victoria.

Los inquisitivos ojos del joven alumno aumentaron paulatinamente su tamaño, mientras las cejas ascendían cada vez más por su frente, solicitando que el oficial continuase.

—Son antiguas medidas españolas de peso. Quintales y libras. Hay que buscar algo que pese unos 2500 kg.

—Sí, mi comandante, pero ¿quién es Damian?, y ¿la sierpe que vomitará fuego?, y la casa que... —. El alférez se detuvo en medio de la última pregunta, poniéndose en pie de un salto.

—Claro, la sierpe, la serpiente que vomita fuego. Tiene que ser un cañón. Tiene que serlo

—gritó entusiasmado—. Pero ¿cómo encontramos un cañón de 2500 kg?

—Abre el ordenador, Vuelta. Intentaremos buscar documentos que tengan esas palabras clave.

Comenzaron introduciendo palabras al azar mezclándolas entre sí, esperando que el buscador devolviera como resultado algún tipo de referencia para continuar indagando en esa línea de investigación. Damian, 53qq. Victoria, cañón, sierpe... Pero no aparecía ningún indicio coherente. Una hora más tarde, después de haber explorado casi todas las posibilidades que la combinatoria les ofrecía, probaron con las últimas dos palabras: Damian y 53qq 17lls. Al presionar la tecla intro, apareció en la pantalla un único resultado, que hacía referencia a un documento sobre “El origen de la Cofradía Burgalesa de Santa Bárbara”. Una vez abierto el documento, encontraron un párrafo que hablaba de las piezas de artillería a las que históricamente se les había puesto el nombre de Santa Bárbara. Ambos sabían que en el siglo XVI se había extendido la costumbre de grabar el nombre de un santo sobre las piezas de artillería, por lo que no les resultó extraño que la cofradía dispusiera de datos sobre las dos más antiguas nominadas en honor a la patrona de los artilleros. En una relación de material de artillería que se envió de Mallorca a Barcelona para ser refundido se mencionaba:

“Culebrina truncada, sin asas, larga 14 pies 12 pulgadas, armas y fundición de Mallorca, fundida por Agustín Damian, en 1543, a su bolado Santa Bárbara y las columnas con el letrero Non Plus Ultra, peso 53 qq. 17 lls”

Allí estaba. Lo habían tenido delante de las narices desde el principio. La tecnología del siglo XXI permitía con un simple golpe de ratón resolver un enigma que llevaba cientos de años sin aparente solución.

—Mire, mi comandante. La culebrina es la sierpe que vomita fuego y Agustín Damian fue el maestro fundidor. La pieza se refundió en Barcelona.

—Ya veo, pero ¿qué hay de la casa, la excelsa riqueza y el Marqués?

—No lo sé. Pero sospecho que el general Tejón sabe algo que a nosotros se nos escapa. El comandante permaneció pensativo en el centro de la camareta, sujetándose el mentón con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha.

—Recoge tus cosas —dijo al cabo de un momento—. Nos vamos al hospital.

LA NIETA

—Yo sé dónde está esa culebrina

— ¿Cómo? —exclamaron los dos oficiales al unísono.

— ¿Qué quiere decir?, no comprendo —continuó el comandante.

—Que yo he visto ese cañón. De hecho, llevo viéndolo toda mi vida. Está en el patio de mi casa.

Y dejando la taza de café sobre la mesita, inspiró lenta y profundamente mientras cerraba los ojos antes de dirigirse de nuevo a los dos oficiales.

—Creo que ahora soy yo la que tengo que contarles una historia.

María Luisa Tejón Alvarado era la nieta del general Tejón, casado con la duquesa Luisa Fernanda Alvarado y Suárez de Luna, su querida abuela. Nació en el palacio que la familia poseía en el centro de Segovia, y en él la pequeña María Luisa dio sus primeros pasos, se casó y tuvo a sus dos hijos. Toda su vida había transcurrido alrededor de las dos torres

renacentistas que custodiaban el patio porticado donde se alzaba imponente, el cañón de la patrona, como lo llamaba su abuelo.

Recordaba que siempre le había llamado la atención lo grande que era. El abuelo le había contado que las culebrinas medían a menudo más de 32 veces su calibre, por lo que sus proporciones siempre inducían al observador a sobredimensionar su tamaño. También le explicó el significado de la divisa grabada en relieve sobre la pieza de artillería: “NON PLUS ULTRA”, y el nombre que le habían puesto al fundirlo: “Santa Bárbara”.

La familia Alvarado había adquirido el palacio a mediados del siglo pasado, después de que su propietario, el último Marqués de Murga, muriera en los primeros compases de la guerra civil sin descendencia. Más tarde, sus propiedades fueran vendidas y revendidas en años sucesivos. En 1981, durante su tercer año como alumno de la Academia de Artillería, el por aquel entonces alférez Aurelio Tejón comenzó a cortejar a la joven dama segoviana Luisa Fernanda Alvarado. Se casaron dos años más tarde, y con el recién estrenado despacho de teniente de artillería, Luisa y Aurelio se trasladaron a Melilla. Vivieron en la plaza africana durante diez años, hasta que una vacante de capitán profesor en la academia les permitió regresar de nuevo a Segovia, estableciéndose desde entonces en el viejo palacio del casco antiguo de la ciudad.

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía tres años. No recuerdo casi nada de ellos, y mis abuelos son la referencia paterna que tengo hasta donde alcanza mi memoria. El abuelo me contagió su afición por la criptografía y la genealogía. He perdido la cuenta de las tardes que pasaba con su amigo Gamboa estudiando la historia de la familia Murga y su antiguo marquesado pontificio.

Los dos oficiales y la joven se giraron en dirección a la cama del general al escuchar cómo se incorporaba fatigosamente apoyándose en un codo, mientras dirigía la mano abierta hacia ellos en ademán suplicante.

—Gamboa, ¿estás ahí, viejo amigo? —inquirió antes de volver a sumirse en un pesado sueño.

EI GENERAL

María Luisa terminó de acomodar las dos almohadas que mantenían levemente incorporado al general en la cama. El anciano militar había accedido a tomarse la sopa que la enfermera había dejado en la mesita, junto con el resto de la cena. Sabía que no resultaba tarea fácil contravenir la voluntad de su nieta, y había terminado sucumbiendo a su férrea insistencia para que ingiriera algún alimento. Parecía que los calmantes y las horas de sueño habían tranquilizado el ánimo del general, que asentía levemente en cada pausa del relato de la investigación del comandante y el alférez.

— Gracias a la historia familiar que nos contó su nieta, mi general —explicó el comandante—, pudimos encajar casi todas las piezas del puzle. Pero sigo sin entender por qué relacionó Vucencia el marquesado de Murga con el que se cita en el manuscrito.

—Encontré la carta por casualidad, siendo cadete, en la biblioteca de la academia, dentro de un ejemplar del "*Tratado de Artillería para el uso de Caballeros Cadetes del Real Cuerpo de Artillería*", de Tomás Morla. Gamboa y yo estudiamos durante toda nuestra vida esas 37 palabras y el discurso de Proust, pero no conseguimos descifrar la parte final del manuscrito.

—Con el permiso de Vucencia, mi general —Interrumpió el alférez Vuelta—. Son 36 palabras.

—Si, en efecto, son 36 —aclaró el general—, pero falta la esquina de la carta que yo mismo rompí, para que nadie más supiera a qué marquesado se refería. La palabra restante es Murga. Ese maldito papel me ha atormentado toda la vida, y no estoy orgulloso de muchas de las cosas que he hecho desde entonces.

Y con una mirada culpable a su nieta, prosiguió:

—Al principio me acerque a tu abuela cegado por la ambición, pero te juro que en cuanto la conocí, me enamoré perdidamente de ella. Perdóname, cariño.

Luisa miro tiernamente a su abuelo, acariciando suavemente su mejilla con las manos.

—No hay nada que perdonar, abuelo. Se de sobra lo mucho que la amas, y ella a ti.

—Sin conocer la implicación directa con los Murga —intervino el comandante—, habíamos deducido que la clave estaba en la culebrina, mi general. En la misma página del *Origen de la Cofradía Burgalesa de Santa Bárbara* donde aparece la culebrina, también se cita al Marqués de Murga. Permítame Vucencia que le entregue esto.

El comandante se acercó a la cama, sujetando entre las manos un paquete del tamaño de una caja de zapatos.

—La encontramos esta mañana en el palacio. Estaba en el interior de la culebrina.

—Dios mío —murmuró el general—. En casa. Tantos años y tan cerca de mí. Que ciego he sido.

Al desenvolver el paquete apareció una estatuilla de oro macizo de unos 25 centímetros, representando a Santa Bárbara.

Entre lágrimas, el viejo general abrazó a su nieta.

—Tanto tiempo buscando un tesoro y tenía a mi lado mi propia santa trinidad. Mi esposa, mi nieta y mi patrona.